

POESIA

TRES TENDENCIAS, CUATRO POETAS Y ONCE POEMAS

La verdadera revolución literaria en la República Dominicana empieza en el 1916 con Domingo Moreno Jimenes cuando propugnaba por un canto "sin rima ni metro".

Antes se había oído el canto y la voz, libérrimas también, de Vigil Díaz, que ya escribía poemas, casi prosa, con viejos resabios parnasianos, que el llamó vedhrinismo, y con un sólo corifeo, Zacarías Espinal, con algo de Herrera Reissig e insólitas extravagancias.

Moreno venía del modernismo — un modernismo distante del rubendarismo— y llamó postumismo a su movimiento, incomprendido en un principio, por lo que se le antojaba que escribía para la posteridad. Pero Domingo Moreno Jimenes no estaba solo: un gigante en el quehacer cultural dominicano, Andrés Avelino — filósofo, matemático, poeta — le acompañaba, y completaba una trinidad postumista, con Rafael Zorilla, candoroso e inspirado, muerto en plenitud creadora anhelando dar al mundo su obra definitiva.

Avelino, fue el ideólogo del grupo con su Panfleto postumista, que insertó en su primer libro de versos Fantaseos donde figuraban poemas isosilábi-

cos y rimados, expresión de un post modernismo muy novedoso y con algunas extravagancias que anunciaban ya al futuro vanguardista.

El escritor y ensayista argentino Enrique Anderson Imbert, en el tomo II, *Epoca Contemporánea*, de su "Historia de la literatura Hispanoamericana" (Fondo de Cultura Económica, No.156, México - Buenos Aires," enfoca así el movimiento poético dominicano: "Santo Domingo, tardío en su Modernismo, recibió tempranamente, gracias al "postumismo", las tendencias de vanguardia, en la postguerra. La palabra "postumismo" -como futurismo", "ultraismo" - manifestaba el deseo imposible de escribir la literatura de pasado mañana. Pero los postumistas aguaron el vino de Dadá. En su pequeño país parecieron osados: en comparación con lo que se hacía en otras partes, eran apenas extravagantes. Creían ser inconoclastas porque descuidaban el idioma, se animaban al verso libre y no estudiaban a los grandes poetas del pasado, pero carecían del espíritu travieso, juguetón e irreverente de los vanguardistas. "Del movimiento postumista" (1922) fue el primer folleto antológico. Fueron muchos los postumistas, y en sus atropelladas querían hacer pasar cualquier adesio como poesía; Uno de ellos sin embargo - el Sumo Pontífice del Postumismo - fue el mayor poeta que hasta entonces había dado Santo Domingo, Moreno Jimenes (1984). Su primer cuadernillo de poesía nueva fue "Salmos" (1921). Se desentendió de las formas tradicionales del verso y con su humor melancólico ablandaba y amasaba ideas. Anárquico y desigual, miró a su alrededor y la naturaleza de su país entró en su poesía, cosa por cosa. Este realismo nativista, paisajista y costumbrista es su mayor mérito. Después de todo, era algo que los anteriores no habían hecho. Y en cuanto a sus sen-

timientos elegíacos y sus ideas, fueron malogradas por su lenguaje llano, opaco, laxo y pobre de imaginación. Cuando sintetiza sus ideas en una imagen logra un poema muy personal, y en esos instantes una frase tiene la energía de todo un poema. Más tarde consagraron sumo Pontífice del Postumismo a Rafael Augusto Zorrilla (1892-1937), autor de micropoemas de fina sensibilidad, pero sólo Moreno Jimenes se salva. Así, y con todo, el postumismo ha sido uno de los movimientos más consecuentes, combativos y durables en la isla: relacionados con el escribieron Julio Alberto Cuello (1898), Andrés Avelino García Solano (1899), Manuel Llanes (1899), Rafael Américo Henríquez (1899)...”

Anderson Imbert hace un buen enfoque del postumismo aunque la distancia le distorsiona algunas imágenes: es cierto que en su afán de sumar prosélitos a un movimiento combatido y cruelmente ridiculizado por los tradicionalistas, que eran un consenso, los postumistas aceptaron como poeta a cualquier pergeñador y que un falso afán de originalidades fingían ignorancia de la obra de los grandes maestros. ¡Inútil empeño! Las dos cabezas visibles del postumismo eran connotados paradigmas de nuestra cultura. Moreno tenía una cultura clásica que no podía soslayar y conocimiento profundo del verso.

“Es la edad temprana, — dice Flérida de Nolasco en la Antología de Moreno que preparó para la Colección Pensamiento Dominicano— y ya tiene en los labios el zumo castizo, la rancia entraña popular que es savia de la poesía castellana. Lectura de los siglos de oro se entreven en sus estrofas juveniles: salta sin extraños disfraces la copla irónica, risueña o nostálgica, como la hemos visto, rediviva en los versos sencillos de Martí. Aparece asimismo una forma del viejo rondel, el casi milenario

Zégel, el que siendo flor de campos sin cultivo también florece en los jardines de Juan de Encina, de un Boscán, de un Garcilaso, o de un Lope de Vega". Y añade más abajo, esta gran dama del ensayo fallecida ya:

"En Moreno Jimenes tiene nuestra tierra; la tierra de los inesperados milagros!, un auténtico poeta. Su nombre merece devoción y respeto. Es un artista del pensamiento, del sentimiento y la palabra. Nos dice la verdad de su alma, y tanta verdad dice que a veces su sinceridad casi ahoga la forma. No es un poeta de imaginación; su mundo no es un mundo imaginado, es un mundo vivido, es un mundo suyo, que tanto se estremece en su conciencia como palpita delante de sus ojos. No mentirá si algún día nos asegura que todo el universo está comprendido en su alma. Todos los dolores, todas las esperanzas, todas las ternuras, la visión, de todas las vidas humanas, convergen en su arte; él es en sí mismo el centro de toda la vida y de toda la muerte y más de una vez lo hemos visto morir en la criatura que muere."

Traemos a la pequeña Antología de Aula esta pequeña muestra de la poesía elegíaca y amorosa de Moreno, ya que sus grandes poemas (El poema de la hija reintegrada, Mi vieja se muere etc.) no tienen cabida en la parvedad de nuestras páginas.

En 1936 — y cuando empieza a hacerse particularmente represiva la dictadura de Trujillo — surge en el riñón del país, en medio del risueño valle de La Vega Real, el movimiento de Los Nuevos. Aparentemente era algo confinado al parvo ámbito de una ciudad casi aldehuesa: pero no fue así. Todo el país se conmovió. Cabeza visible del grupo lo era Rubén Suro García Godoy, cuyo poema Proletario es una atrevida manifestación ideológica, (" ¡Aguardas al mesías, que aunque

lo crean utópico / saldrá un Karl Marx de América o algún Lenín del Trópico”) que pudo precipitar a su autor en una celada de muerte. Los otros integrantes eran: Luis Manuel Despradel, Arturo Calventi hijo, Luis Mario Bobea Billini, J. Alberto Rincón, Mario A. Concepción, Julio César Martínez, José A. Rodríguez, Darío Suro, Manuel Batis-ta Clisante, Oscar Moya, José de Jesús Moya y Van Elder Espinal; pero en su medio de difusión, que se llamaba también Los Nuevos, acogían la colaboración de los poetas de vanguardia: en su primer número vinieron poemas de Suro, Mac Despradel, Pedro Mir, Domingo Moreno Jimenes, Francisco Domínguez Charro, Carmen Natalia y Tomás Hernández Franco.

Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda en su *‘Antología Panorámica de la Poesía Dominicana Contemporánea (1912-1962) (Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago de los Caballeros, 1972)* dicen que el grupo “...dió especial énfasis a la poesía social y negroide, y entre sus principios sustentaba el afán de originalidad y la ruptura de los moldes tradicionales a lo que se añadía una notoria tendencia al ideal americanista recogido por el Postumismo, con el cual Los Nuevos tenían mucho en común”

Hay más, según afirma M. Lebrón Saviñón en el 4o. tomo de su *Historia de la Cultura Dominicana* (ed. UNPHU, Santo Domingo, 1982:

“Estos jóvenes quisieron escandalizar y, en cierto modo, escandalizaron, porque de la misma manera que acogían en sus páginas toda expresión poética de vanguardia, trataban con crítica azaz severa todo lo que no revelaba calidad” Reproducimos dos poemas de Rubén Suro escogidos no entre los mejores sino los más orientadores en lo que respecta al carácter del movimiento.

Después vino *La Poesía Sorprendida*, con su lema "Poesía con el hombre universal", desafiadora pasiva, como lo fueron en su tiempo *Los Nuevos*, de las ferreas y cruentas limitaciones del trujillato. Este movimiento se inició en octubre de 1943 con el primer número de su revista del mismo nombre.

Fue un movimiento denso, orientador, herético, severo. Anderson Imbert (en la obra citada), lo define así: "El mayor acontecimiento de este período (en Santo Domingo) fue la fundación de la revista *La Poesía Sorprendida* (1943-1947). Sus animadores, directores y colaboradores pertenecen a tres generaciones. El poeta chileno Alberto Baeza Flores (1914), junto con Rafael Américo Henríquez y Franklin Mieses Burgos... y con Freddy Gatón Arce... la fundación también la dirigieron Lebrón Saviñón y Fernández Spencer. Pertenecían a la junta directiva, entre otros, Manuel Llanes (1899), Aida Cartagena Portalatín (1918), Manuel Valerio (1918), Manuel Rueda (1921) y José Manuel Glass Mejía.

El tono de *La Poesía Sorprendida* fue exigencia estética: se desprendió del peso de los temas locales y de la coerción de las formas tradicionales pero no para entregarse a la facilidad sino para imponerse un nuevo rigor. Se mantuvo atenta a las novedades de la literatura mundial y así fue refinando sus modales imaginativos. El surrealismo pasó por sus páginas, pero no hubo una estética que prevaleciera. Al contrario: buscaba la integración de antiguos y modernos, de europeos y americanos, de simbolistas y existencialistas. Respetaba todo aquello que incitara al esfuerzo y concertaba la cultura dominicana con la del mundo. Uno de los poetas más afamados de estos años es Antonio Fernández Spencer (1923). Abre la boca con ingenuo gesto y canta su asombro ante la vida, la natu-

raleza, el amor y la muerte. Es sencillo, con frecuencia prosístico, siempre espontáneo y afectuoso. "Contar lo que en la vida sucede" fue su definición de la poesía. Afortunadamente cantó más de lo que cantó en *Vendaval interior* (1942) y *Bajo la Luz del día* (1952). Freddy Gatón Arce (1920) había comenzado en *Vlía* (1944) con prosas poemáticas, oscuras, ballentes demoníacas. Pero al pasar al verso, sin serenarse, subió a un estrado iluminado y desde allí recitó sus meditaciones líricas. Mariano Lebrón Saviñón (1922) poeta inspirado, musical, también ensayó el drama. El desolado Manuel Rueda (1921), magistral sonetista y autor, teatral, es una de las personalidades poéticas más interesantes".

Aquí presentamos dos voces distantes -pero unidas por el hilo inconsútil de la emoción - de *La Poesía Sorprendida*.

Esta Antología deberá proseguir con representantes de la poesía libre de agrupaciones (Héctor Inchaustegui Cabral, Pedro Mir, Pedro René Contín Aybar Manuel del Cabral y de la Generación del 48 (Víctor Villegas, Rafael Valera Benítez, Lugo Hernández Rueda, Ramón Cifré Navarro, Máximo Avilés Blonda, Alberto Peña Lebrón, Luis Alfredo Torres, Vesperides Hugo, Ramón García, Rafael Lara Cintrón, Abel Fernández Mejía, Abelardo Vicioso, Rodolfo Coiscou Weber, Ramón Francisco, Ramón Vásquez Jiménez, José Escuder, Ramírez, Guarocuya Batista del Villa) así como de otros grupos más recientes.